

XXIV.

Ocho días después de estos sucesos, se hallaban reunidos en el estudio de Murillo los mas notables artistas, los hombres mas eminentes en artes y en ciencias.

Se trataba de juzgar la última obra del insigne pintor; y aquella apiñada multitud solo pensaba en el momento en que debía ésta aparecer:

La hora sonó.

Dos criados condujeron un magnífico cuadro cubierto con un paño de seda.

A poco apareció Murillo y á vista de todos levantó el velo que cubría el lienzo.

Un ¡Ah!!! de admiración salió de todas las bocas.

El cuadro era la sublime *Concepción* de Murillo.

Aquella multitud de artistas descubrióse respetuosamente ante el gran hombre: ante la magnífica obra que desde aquel día inmortalizó su nombre de tal suerte que vivirá tanto como los siglos.

¡Quién no ha admirado, quién no se ha detenido alguna vez ante esa sublime obra del arte, ante esa gran creación!

¡Vates, empuñad las sonoras lirás!

¡Artistas, entonad cantos de alabanza á Murillo!

¡Españoles, regocijaos; de hoy mas, al lado de la PERLA de Rafael, irá á reclamar un sitio la CONCEPCION de Murillo!

ENRIQUE RODRIGUEZ SOLIS.

LUXEMBURGO.

Dejando para otro lugar el ameno campo de la novela, internémonos un poco en la jurisdicción de la Historia y Geografía tratando, aunque de paso, del famoso ducado y ciudad capital que le da nombre, así como también al presente artículo y lámina que le acompaña.

Plaza fuerte de primer orden, era Luxemburgo bajo este concepto una de las mas importantes de Europa, y el derecho de guarnecerla ha estado á punto de ocasionar este año una guerra de incalculables resultados entre la Francia y la Prusia. Al fin, los buenos oficios de las demás potencias y la consideración de los inmensos males consiguientes á un rompimiento, hizo llegar á convenirse en demoler las fortificaciones, justo motivo de inquietud y alarma para las naciones escluidas de su recinto.

Vamos á describirla segun se hallaba antes de comenzar la piqueta y el barreno su obra de trasformación, pues si como pueblo abierto la pintásemos, carecería del interés que ofrece el recuerdo de su celebridad militar.

Contiene una población de 14,000 almas y se divide en dos partes bien marcadas, la Ciudad alta y la Ciudad baja. La primera, construida sobre una roca casi inaccesible por todas partes, tiene la forma de un eptágono: la rodea una fuerte muralla, fosos anchos y profundos y una doble serie de obras avanzadas. En el centro de la plaza hay abierto en la peña un pozo de inmensa hondura, suficiente á satisfacer las necesidades de un largo sitio, si por acaso los enemigos consiguiesen variar el curso del rio Alzette que baña la Ciudad baja. Esta se halla dividida en dos cuarteles el Grande y el Pfaffenthal, y la defienden también fuertes

muros y obras exteriores de mucha consideración. Era una de las tres grandes fortalezas federales.

En Luxemburgo residen todas las autoridades superiores del Gran ducado. Sus edificios mas notables son la iglesia de San Nicolás, fundada en 1120, pero construida en el siglo último; el antiguo templo de los jesuitas; la casa de ayuntamiento, principiada en 1830; las casernas y sobre todo las obras de defensa. Esta ciudad comercia en pieles, tiene molinos de yeso, fábricas de papel, de carton, de lienzos y de cigarros.

El primer señor de Luxemburgo que menciona la historia es Sigefroy en 953. Descendiente de los condes de Verdun, obtuvo aquella fortaleza en cambio de la abadía de Tréveris, cuyo patronazgo disfrutaba. En 1096, Guillermo tomó el título de conde, que llevaron los que le sucedieron hasta Wenceslao I, á quien su hermano el emperador Carlos IV elevó á la categoría de duque. En 1444 recayó la soberanía en Isabel, hija del duque Juan, la cual no teniendo herederos cedió sus dominios á Felipe el Bueno de Borgoña, reservándose una renta anual de 8,000 florines. Algunos años después deseando el nuevo propietario evitar cuantas dificultades pudieran sobrevenir contra su reciente adquisición, compró sus derechos en 50,000 escudos de oro al duque de Sajonia, que alegaba fundadas pretensiones al Luxemburgo. Desde aquel punto dejó de formar un estado independiente pasando con todos los bienes de Maria, hija de Carlos el Temerario, á Felipe de Austria, y con él á la línea española de la casa de Austria. La rebelión de las provincias holandesas no pudo arrebatarlo á la España. Luis XIV en 1609 logró que le fueran cedidos los distritos de Thionville, Damvilliers, Marville y Montmery, llamados el Luxemburgo francés, que fueron incorporados al gobierno de Metz. La guerra de Sucesión de la península ibérica hizo pasar lo restante á la casa de Habsburg.

En 1795 los franceses se apoderaron de la capital, y el tratado de Campo-Formio hizo á la Francia dueña de todo el ducado, que se organizó bajo el nombre de departamento de los Vosges. Así continuó hasta 1815, en cuyo año por acta del congreso de Viena, pasó á formar parte de la Confederación Germánica, bajo el dominio del rey de los Países Bajos, escepto una pequeña parte que se agregó á la Prusia.

El alzamiento de 1830 que devolvió á la Bélgica su nacionalidad escitó gran fermentación en el Luxemburgo, mucha parte del cual se declaró independiente, salvo sus relaciones con la Confederación. Las principales naciones de Europa intervinieron, el país fué dividido en dos partes con arreglo á los idiomas alemán y wallon, formando el rey de los Países Bajos con el territorio que se le adjudicó, un gran ducado independiente. El resto constituye una de las provincias belgas.

Entre los hombres célebres que han ilustrado este dominio nos contentaremos con citar solamente al famoso y caballeresco Juan de Luxemburgo, hijo del emperador Enrique VII, rey de Bohemia por su matrimonio con Isabel, hermana de Wenceslao V. Su carácter osado y emprendedor, apasionado á la guerra y á la caza le hubiera hecho en tiempo de Carlo-Magno digno de ocupar un puesto entre los paladines de la Tabla redonda. Toda su vida fué una serie de aventuras romancescas. No bien acababa de someter los rebeldes de su reino, combatió por Luis de Baviera contra su competidor á la corona imperial, Federico de Austria, á quien hizo prisionero en la batalla de Muhl-dorff (1322). En 1328 acudió en auxilio de Felipe de Valois,

contra los flamencos que se le habian sublevado y participó de la gloria del rey de Francia en la batalla de Cassel. Corrió luego á defender á los caballeros teutónicos, que estaban en guerra con Gedimiro, gran duque de Lithuania. Nombrado vicario del Imperio en Italia pasó los Alpes y sometió muchas ciudades. Obligó á sus enemigos, Federico,

duque de Turingia, y Alberto y Othon, duques de Austria, á pedirle la paz: volvió á Italia, restableció el orden y regresó triunfante á Praga. En 1333 hizo otra nueva expedición á la misma península menos feliz que la primera, pues fué batido á orillas del Pó y destrozada la flor de la nobleza francesa que le acompañaba. En 1335, Juan in-



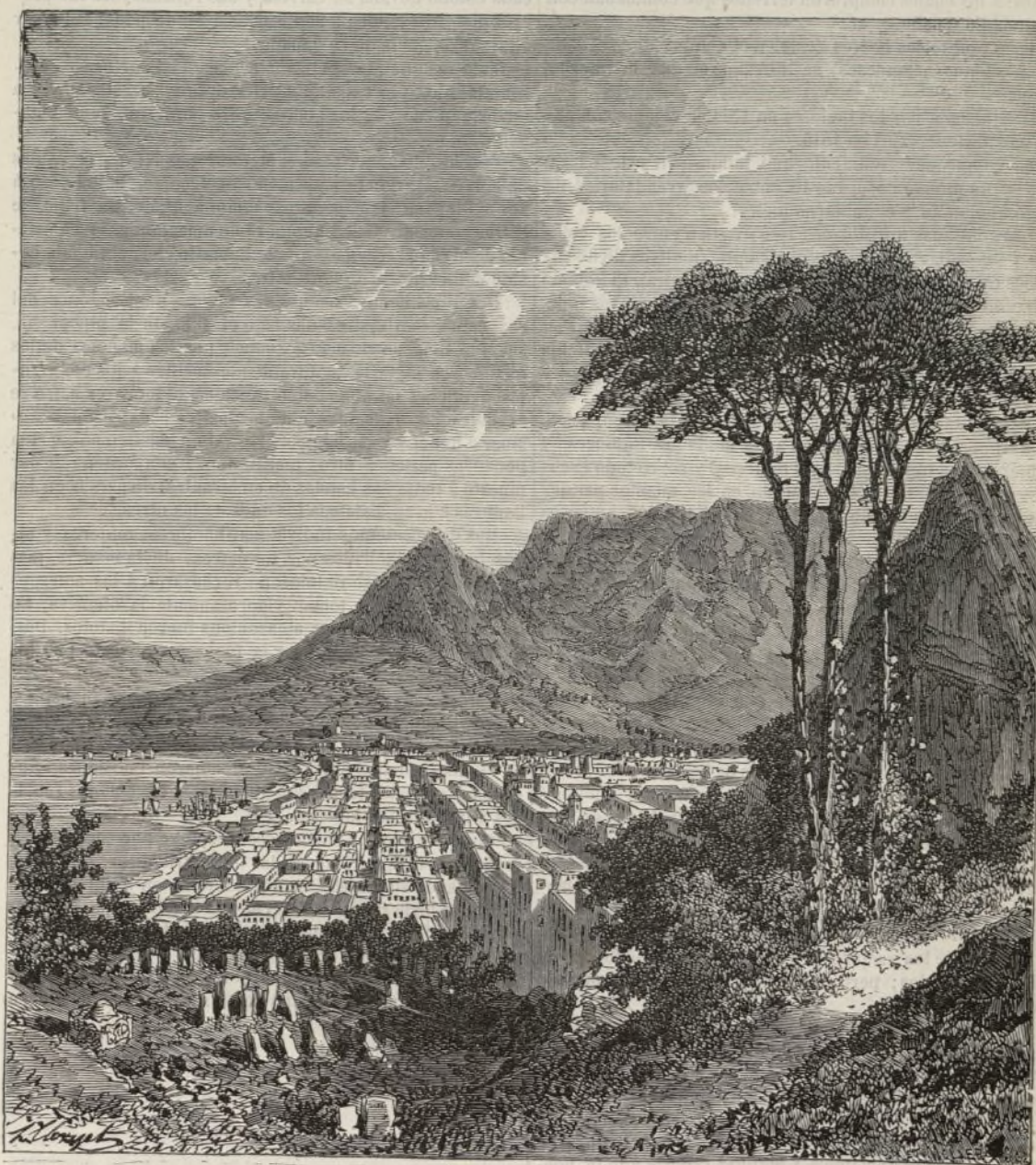
Vista de la ciudad de Luxemburgo.

vadió la Polonia para hacer valer los derechos de su esposa, y el rey Casimiro le compró la paz por una considerable suma, renunciando á la Silesia. A esta sazón habia perdido la vista, pero no su infatigable energía para hacer frente á sus numerosos enemigos. Se halló como auxiliar del rey de Francia en la batalla de Crecy contra los ingleses, y sabiendo que la victoria se declaraba por los con-

trarios, no quiso volverse sin dar una estocada. Para esto se hizo conducir á la pelea, donde halló la muerte en union de muchos caballeros que habian atado las riendas de los caballos á las del suyo. ¡Digno fin de un héroe de romance!

Ch.

LOS BOERES.



Vista de la ciudad del Cabo.

UNA PAGINA DE LA HISTORIA CONTEMPORANEA.

La colonia del Cabo de Buena Esperanza ocupa la punta meridional del Africa. Fué fundada por los holandeses á

SEGUNDA SERIE.—1867.

mediados del siglo XVII. El gobierno envió allí primeramente cierto número de hombres y mujeres, procedentes de las casas de reclusion, y despues toda clase de gente sin hogar ni ocupacion conocida en los puertos de mar. A este primer grupo se agregaron algunos individuos á quienes la miseria ó su aficion á los viajes lanzaban de su país natal.

AÑO XXV. 31

Estos europeos tuvieron mucho que sufrir durante los primeros años de la colonia; las fieras y los hotentotes destruían sus ganados y sus habitaciones. Sin embargo, al fin tomaron la superioridad y se reconciliaron con los indígenas; á los cuales compraron terrenos que confinaban con la ciudad del Cabo.

Poco á poco los boëres (este es el nombre que se daba á los colonos holandeses) se derramaron por el interior del país.

Conquistada por los ingleses en 1795, la colonia concluyó por pertenecerles en 1815.

Se comprende fácilmente que hubiese en este paraje mas de un motivo de discordia entre los arrendatarios de origen holandés y el gobierno inglés.

Las continuas hostilidades que existían entre los colonos y los indígenas eran, casi siempre, motivos de discusiones de los arrendatarios con el poder central. El gobierno no reconvenía á los colonos porque maltrataban á los indígenas, escitándolos de esta manera á la revolución. Por su parte los arrendatarios se quejaban de las rapiñas de los salvajes, que robaban sus ganados y encontraban apoyo y protección en el gobierno inglés.

Para evitar estas continuas incursiones, la mayor parte de los boëres se aproximaron á las ciudades. Entonces el gobierno mandó venir colonos ingleses, y sobre todo escoceses, los cuales se establecieron en los mismos parajes que habían abandonado, segun hemos dicho, los antiguos colonos.

Pero muy pronto los holandeses echaron de menos el territorio que habían dejado, y regresaron poco á poco á sus antiguas habitaciones.

Sea que los boëres hubiesen vuelto á poner en práctica sus malos procedimientos con los cafres, sea que estos últimos se hubiesen dejado seducir por los numerosos rebaños de los colonos, es lo cierto, que el pillaje, el degüello, etc., comenzaron de nuevo.

En 1835, seis mil colonos, entre los cuales se encontraban muchos ingleses, penetraron en Cafreria con las armas en la mano y arrebataron treinta ó cuarenta mil bueyes ó vacas, que en su mayor parte habían sido robados en otro tiempo á los colonos por los cafres.

La venta de estos animales, provechosa para el tesoro inglés y onerosa para los boëres, exasperó á los holandeses.

Mas tarde surgió una cuestión mas importante todavía: la libertad de los esclavos. Se concedió una indemnización á los propietarios; pero una indemnización relativamente insignificante.

La dificultad de los pagos y la obligación de recibir mercancías inglesas en lugar de dinero contante, todo esto acabó de exasperar la parte holandesa de la colonia. Mas todavía: acostumbrados á tratar á los indígenas como esclavos, los boëres quisieron obrar de la misma manera con los hombres libres que empleaban para sus trabajos. De aquí nacieron revoluciones y algunas rapiñas que lo boëres castigaban con estremada severidad.

Como el gobierno protegía á los salvajes, llegó á ser tan grande la irritación de los boëres, que gran número de ellos se decidió á emigrar.

Su jefe, llamado Relief, era francés de origen, cuyos padres, que pertenecían á la religion reformada, habían dejado á Francia en el momento de la revocación del edicto de Nantes.

Aun cuando había tambien cierto número de ingleses

entre los emigrantes, los demás jefes eran casi todos de origen holandés.

Quince ó veinte mil individuos, comprendiendo entre ellos las mujeres y los niños, componen este nuevo éxodo; cada colono llevaba su carreta y sus rebaños; les fué preciso dividirse en pequeñas bandas á fin de poder subvenir á la subsistencia de su ganado.

Mientras que acampaban á orillas del *Vaal-River*, fueron atacados por los *amadobeles* del rey Massilicatzy. La victoria quedó por los boëres, pero perdieron mucho ganado.

Después de haber pasado algunos dias en las cercanías de Port-Natal, donde pensaban establecerse, Relief pasó á ver á Dingaan, jefe poderoso de una numerosa tribu de cafres conocidos bajo el nombre de *amazoulous*, y en cambio de algunos servicios que le había hecho, obtuvo la cesión del territorio de Port-Natal.

Desgraciadamente, sea que las buenas disposiciones del rey estuviesen disfrazadas bajo el velo de la hipocresía, sea que Dingaan se dejase seducir por los manejos de los misioneros ingleses, naturalmente hostiles á los emigrantes, á quienes miraban como rebeldes, el monarca cafre se aprovechó de la confianza de los boëres para mandar asesinar á Relief y á sus compañeros. Al mismo tiempo espedia por todas partes á otros *amazoulous*, con orden de dar muerte á todas las bandas de emigrantes, dispersos en las llanuras á gran distancia los unos de los otros.

Mas de seiscientos individuos, hombres, mujeres y niños fueron degollados por los cafres, de la manera mas cruel. Los demás se reunieron, rechazaron á los *amazoulous* y volvieron á tomar vigorosamente la ofensiva. En muchos encuentros, los *amazoulous* fueron batidos. Dingaan, obligado á emprender la fuga, fué muerto por los *amasouazis*.

Pero no era solo á los *amazoulous* á quienes odiaban los boëres holandeses, sino á los ingleses, á cuyos manejos atribuían, con razón ó sin ella, la traición de los cafres.

En mas de una ocasión se efectuaron colisiones sangrientas entre las tropas del gobierno y los colonos rebeldes á la autoridad inglesa.

Una parte de los holandeses concluyó por someterse y reconocer la autoridad de las Islas británicas. Los otros, continuando su camino, se introdujeron en lo interior del país y se dispersaron á derecha y á izquierda para fundar establecimientos agrícolas sobre el territorio ocupado por las diferentes tribus de los bechuanas.

Ya que el lector conoce los lugares donde debe pasar nuestra relación, es tiempo de entrar inmediatamente en materia.

II.

HENDRICK Y PIET.

Algunos meses después del degüello de los boëres de Relief por los *amazoulous*, un anciano de unos sesenta años, vino á establecerse en las cercanías de *Kolobeng*, una de las comarcas mas sanas y de las mas fértiles del Africa Meridional. Le llamaban Hans Gregorio, era de origen holandés, y como todos sus compatriotas, profesaba á los ingleses un odio feroz.

Secundado por los indígenas, á quienes había obligado á ayudarle, amenazándole con su *roër* (especie de rifle ó

larga escopeta) fundó, en los confines del bosque, una quinta que habitaba con dos niños de tres á cuatro años de edad. Se suponía que estos dos muchachos eran sus nietos; él así los llamaba frecuentemente. Uno de ellos se llamaba Hendrick y el otro Piet.

Todos temían á Hans Gregorio á diez leguas á la redonda; era un anciano de seis piés de estatura, de barba crecida y blanca, de facciones toscas, de rostro bronceado por el viento y el aire vivo del bosque. Su voz, ruda y sonora, hacía temblar á todo el que se aproximaba; sus ojos sombríos y amenazantes se encendían algunas veces con un fuego terrible, con ese fuego que brilla en la mirada de los locos. Su conducta hacía sus nietos se resentía del estado de su espíritu; tan pronto los colmaba de caricias, como los maltrataba, los expulsaba de la casa y los dejaba pasar la noche al sereno. Acostumbrados á la manera de obrar del anciano, los muchachos no se cuidaban ya de su proceder; se dejaban acariciar ó regañar con cierta indiferencia. Sin embargo, en el fondo, Hans Gregorio los amaba tanto cuanto se lo permitía su naturaleza salvaje.

Ahora bien, sucedió que un día algunas tribus nómadas pasaron á las cercanías de *Koudouwey*, la propiedad de Hans Gregorio. Continuaron en sus rapiñas acostumbradas. El viejo holandés cargó contra los ladrones, que ya habían emprendido la fuga, llevándose doscientas ó trescientas cabezas de ganado. Alcanzólos en un desfiladero y los atacó valerosamente, sin esperar á que sus dos nietos y sus criados se uniesen á él; mató á unos quince; pero en la acción fué herido en el pecho por una flecha envenenada. Conocía bastante la terrible influencia de este veneno para prever la muerte que le esperaba, y se apresuró á ponerse una ligadura muy apretada debajo de la herida y obligó á un desgraciado bechuana á chupar la sangre corrompida que ya comenzaba á colorear los bordes de la herida; pero el desórden producido por el veneno era ya muy grande.

Al cabo de algunas horas, Gregorio comenzó á revolcarse en la tierra, lanzando gritos horribles. La espuma le salía por la boca como á un epiléptico.

Sus dos nietos, que habían perseguido durante algún tiempo á los merodeadores, volvieron al lado de su abuelo, el cual pronunció en su presencia los discursos mas incoherentes, besándolos y rechazándolos, hablando de asesinato y de traición, de una mujer inglesa, de un niño robado, de su hijo, al que llamaba *Gert*, y mezclando estas palabras con maldiciones contra los ingleses.

—Tú no eres hijo mío, decía algunas veces á Hendrick, que lloraba á su lado; tú eres hijo de una inglesa, vete, vete ó te mato.

Un instante después, decía otro tanto á Piet, á quien cinco minutos antes estrechaba contra su corazón.

En el fondo de todas estas frases, inspiradas por el delirio, había evidentemente alguna cosa de verdad. Los dos niños lo comprendieron bien; pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron obtener ninguna explicación precisa de su abuelo. Este deliraba cada vez mas y sucumbió aquella misma noche.

Hendrick y Piet tendrían entonces unos catorce años. Eran ya unos verdaderos caballeros é intrépidos cazadores.

Por lo demás, no se parecían sino en cierta manera. La diferencia marcada que existía entre ellos venía en apoyo de las proposiciones escapadas al viejo Gregorio.

Hendrick era un mozo de una estatura de cinco piés

y ocho ó diez pulgadas; sus rubios cabellos descendían formando bucles sedosos sobre sus mejillas rosadas, era valiente, listo, dulce y humano; por eso los bechuanas querían mejor tener tratos con él que con su hermano Piet.

Este último, de menor estatura que Hendrick, tenía formas hercúleas; tenía yo no sé qué de lúgubre en los ojos, y su mirada se inyectaba de sangre á la mas leve contrariedad. Sus largos brazos descendían hasta las rodillas. No podía decirse que fuera contrahecho, y sin embargo se veía en él un defecto de proporción y de armonía que desagradaba hasta cierto punto. Su voz tenía casi siempre un acento feroz. En sus momentos de cólera lanzaba gritos salvajes y hacía pedazos cuanto hallaba á su alcance, y no se apaciguaba sino con la presencia de su hermano, al que demostraba mucha afección. Pero esta misma afección no le impedía enfurecerse algunas veces contra Hendrick, que acostumbrado á estos escesos violentos le oponía una calma inalterable. Es verdad que cinco minutos después, Piet no pensaba ya ni en el motivo de su cólera ni en nada de lo que había podido decir á su hermano.

A pesar de su juventud, Hendrick y Piet hacía mucho tiempo que se habían acostumbrado á sufrirse mutuamente. Aun cuando echaban de menos á su abuelo, sin olvidar por eso sus ademanes bruscos ni sus caprichos, no por eso habían encontrado obstáculos para seguir adelante en su explotación; y aunque parecía que reinaba entre ellos una perfecta igualdad, Hendrick era el verdadero jefe de la casa; de vez en cuando Piet se persuadía de que no era mas que el criado de su hermano. Entonces, durante algunas horas, daba órdenes sobre órdenes, ingeniándose para contrarestar las instrucciones de Hendrick. Luego, sintiéndose ya tranquilo, reconocía que el asunto iba mal y dejaba con calma que Hendrick volviese á ocuparse de la dirección.

Un día que los dos hermanos cazaban juntos el búfalo á orillas de un pequeño río que desembocaba en el Ori, distinguieron una barca indígena que descendía la corriente con una estraña rapidez. Esta barca contenía tres personas; un hombre que vestía un traje europeo, una niña, también blanca y un bechuana perteneciente á una tribu vecina. Comenzaba á oscurecer, y los dos hermanos, ocultos en las malezas, no podían distinguir las caras de los extranjeros. Sin embargo, muy pronto, Piet, que tenía una vista muy perspicaz, observó que había algo de insolito en la manera con que el bechuana conducía el baje. La corriente era escesivamente rápida en este paraje, y en vez de sostener la barca paralelamente al flote del agua, el bechuana parecía que espresamente solicitaba ponerla al través.

—¡Ese animal va á volcar la canoa! exclamó Piet.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el europeo que estaba sentado en la popa, se incorporó y se dirigió al remero con ademan amenazador. El bechuana ejecutó un movimiento brusco, apoyándose fuertemente sobre uno de los bordes de la barca, á quien la corriente inclinaba ya sobre el mismo lado. La canoa viró y las tres personas que iban en ella cayeron al agua.

Hendrick y Piet, se arrojaron inmediatamente para socorrerlos. Piet, que no tenía rival en la carrera, llegó primero y se lanzó en el río, nadando hacia donde estaba la niña; consiguió asirla y conducirla á la orilla. Seguro de que todavía respiraba, la confió á los cuidados de su hermano y se echó de nuevo en el agua para buscar al eu-

ropeo, al cual se habia llevado la corriente á gran distancia.

Mientras tanto Hendrick, procuraba reanimar á la jóven, ó mas bien dicho á la niña, pues no tendria mas que unos diez ó doce años. En el momento en que empezó á recordar su conocimiento, Hendrick oyó un ruido extraño casi imperceptible en el ramaje. Acostumbrado á la vida de los bosques y á los ardides de los salvajes, fingió no haber escuchado nada, y cambiando de posicion como para sostener mejor la cabeza de la niña, echó una mirada rápida hácia el lado del rio, y distinguió una cabeza encrespada, esto es, la del bechuana que surgia por instantes por en medio de los juncos. De pronto se apartó de la niña, y se precipitó hácia el salvaje. Este emprendió la fuga, y conociendo que iba á ser alcanzado, se arrojó en el agua y se sumergió en ella. Pero en el momento en que su cabeza reapareció en la superficie, Hendrick hizo fuego, en cuyo instante se oyó otro disparo. Era Piet, que atraído por la detonacion del *roër* de su hermano, tiraba á su turno sobre el bechuana. Este ejecutó un movimiento convulsivo y flotó despues como un cuerpo inerte sobre el agua que llevó su cadáver.

Hendrick se dirigió otra vez hácia donde estaba la niña. Asustada por los tiros y por su aislamiento, lanzaba gritos y llamaba á su compañero con desesperacion, y Hendrick procuraba en vano calmarla.

—¡Tio mio! ¡tio mio! exclamaba sin cesar.

—Mi hermano, ha ido en su busca, le dijo Hendrick, enjugando las lágrimas que inundaban su hermoso rostro de niña.

Al acabar de pronunciar estas palabras, silbó una bala que pasó por delante de su cara. Se volvió y distinguió á lo lejos un salvaje, un viejo, que le pareció, que se introducía en el bosque llevando un cadáver sobre sus hombros.

El primer movimiento de Hendrick, fué el de precipitarse en su persecucion, pero tuvo miedo de dejar á la niña enteramente sola, y volvió hácia ella. La pobre niña, le echó los brazos al cuello y le besó llorando.

—¡Salvad, á mi tio! le decia.

—Deja que primero te pongamos en seguridad.

Pero la niña, que parecia dotada de una inteligencia y de un valor superiores á su edad, repetia:

—¡Salvad, á mi tio!

Hendrick, tomó el partido de encaramar á la niña sobre un árbol en donde la dejó recomendándole que no se moviera de allí hasta su regreso. En seguida partió para buscar á su hermano.

Ambos volvieron algunas horas despues con las ropas mojadas y llenos de barro, y la cara arañada.

—¿Y mi tio? exclamó la niña echándose en los brazos de Hendrick.

—No hemos podido encontrarle, respondió el boër. Es de noche y no se distingue nada á dos pasos de distancia.

—¡Pobre tio mio! exclamó la niña sollozando. ¡Salvadle, salvadle!

—Acabamos de decirte que hemos hecho cuanto hemos podido, respondió Piet, con tanta mayor terquedad, cuanto que se sentia conmovido por el dolor de la niña.

Asustada de esta voz tan áspera, la niña cogió la mano de Hendrick, y se acercó á él como buscando su proteccion.

—Que asustas á la pobre criatura, dijo Hendrick á Piet.

—¿Y por qué nos pide imposibles? replicó Piet. Además es muy tarde, y estoy muerto de hambre. En marcha para Koudouvley.

El viejo Hans Gregorio, habia dado este nombre á su habitacion, porque el primer animal que mató al llegar á este paraje fué un *koudou*.

Hendrick tomó á la niña en sus brazos y se reunió á Piet que marchaba delante sin cuidarse de sus compañeros de viaje.

Al llegar á Koudouvley, se procuró que la niña tomase algun alimento, y se le preparó una cama con algunas pieles de *sprendboch* y de carnero. Durante la comida, los dos hermanos la hicieron varias preguntas acerca de su familia y del objeto del viaje de su tio. Ella respondió que se llamaba Ana Daring, que su tio era un misionero, que venia de las cercanias de Beaufort, y que iba en busca de un hijo que le habian quitado los salvajes ó los boëres.

—¡Cómo los boëres! exclamó Piet con asperezas: ¿Por qué estos picaros ingleses, se figuran que nosotros tenemos el oficio de robar criaturas?

La niña asustada de este acento comenzó á llorar,

—Yo no he dicho esto para causarte pena, añadió Piet conmovido de las lágrimas que veia derramar.

—Vamos, Ana, dijo á su vez Hendrick; no tengas miedo de mi hermano, ni del acento de su voz. Por otra parte, tú le debes reconocimiento, pues ha sido él quien te ha sacado hoy del agua.

—¿Vos? preguntóle la niña con prontitud.

—Mi hermano, prosiguió Hendrick, llegó antes que yo. Si no le has visto cuando recobraste tu razon, ha sido porque volvió á partir para buscar á tu tio. Por eso debes amarle mas que á mí.

—¡Nada me importa! gruñó Piet, que mentia en este momento, pues la preferencia de Ana hácia su hermano, le habia hecho experimentar un sentimiento de contrariedad del cual él mismo no podia darse cuenta.

Impulsada por Hendrick, la niña se levantó dirigiéndose lentamente hácia Piet, con la vista fija en él y revelando inquietud, y dispuesta á huir al primer movimiento sospechoso. Llegó en fin á donde estaba Piet, le echó los brazos en derredor de su cuello, diciéndole en voz muy baja:

—Gracias, señor Piet; muchas gracias.

Esta voz tan dulce y tan pura conmovió el corazon del boër. Asió á la niña y la besó cordialmente; pero tambien con tal brusquedad, que Ana estuvo á punto de lanzar un grito de espanto.

Sin embargo, andando el tiempo, la niña concluyó por acostumbrarse; y aun cuando evidentemente daba su preferencia á Hendrick, casi siempre se quedaba dormida sobre las rodillas de Piet. Este la contemplaba con una ternura singular. El mismo quiso llevarla á la camita que le habia preparado. Despues de haberla acostado vestida, permaneció algunos momentos contemplándola con un ademan reflexivo al cual no estaba acostumbrado.

—¿En qué piensas? preguntó Hendrick, que le exanimaba á hurtadillas.

—¿Yo?..... dijo Piet estremeciéndose; pienso en esta pobre huérfana. ¿Qué es lo que vamos á hacer de ella?

—Será preciso indagar á donde está su familia.

—Entonces nos dejará.

—¿Quién lo duda?

—Sin embargo, esta niña no nos estorba.

—Es verdad, pero piensa en el dolor de sus parientes.

Piet no respondió nada; pero sacudió la pipa sobre la

mesa como para hacer que saliese de ella la ceniza, con una fuerza que comprometía la seguridad de este utensilio tan querido de los boëres.

Un instante despues, los dos hermanos, fatigados dormían un sueño profundo.

III.

MISS ANA DARING.

Al día siguiente al despertar la aurora, Hendrick y Piet, estaban levantados. Seguidos de dos criados y de una docena de perros, penetraron en el sitio donde el día anterior habían visto desaparecer al tío de Ana. Todo el día se distribuyó en inútiles investigaciones; fué imposible encontrar huella alguna respecto á M. Daring. Se supuso que había sido cubierto por la canoa y arrastrado con ella por la corriente, ó que algun caiman le había devorado. Habiendo llegado á mas de treinta millas de Koudouvley, ambos hermanos volvieron á encontrar pantanos cubiertos de juncos y ramas espinosas, que era imposible penetrar, y fué necesario batir en retirada y regresar á la casa.

La pobre Ana, al saber la inutilidad de estas investigaciones, espermentó un nuevo acceso de desesperacion.

—Volveremos á la tarea mañana, hija mia, le dijo Hendrick para consolarla.

—Y toda la semana, si es necesario, añadió Piet, contrariado de haber sido su hermano el primero en la oferta.

Continuaron las investigaciones, en efecto, durante toda la semana, pero no produjeron ningun resultado.

—¿Qué vamos á hacer de esta niña? preguntó Piet mirando á su hermano.

—Es necesario tenerla á nuestro lado, hasta que hayamos encontrado á su familia. Primeramente escribiremos á Beaufort; luego encargaremos al primer *trader* (tráfico en pieles) que pase, que inquiera noticias y nos las envíe; y si es preciso haremos el viaje nosotros mismos, y le aprovecharemos para comprar lo que nos haga falta.

—Cualquiera pensaria que tienes ganas de desembarazarte de esta pobre criatura.

—¡Yo!.... Si yo no consultase mas que mi propio deseo, desearia que permaneciera siempre á nuestro lado; pero es menester pensar en ella y en sus padres.

—¿Crées tú que seria despreciada entre nosotros? Esto es tanto mas extraño de tu parte, cuanto que eres tú el preferido por ella. Y sin embargo, soy yo el que la he salvado.

—Es verdad.

—Entonces.... ¿por qué te ama mas que á mi?

—Ella ama lo mismo á uno que á otro. Lo que hay es, que tú la asustas á cada instante con tu bronca voz y tus movimientos encolerizados.

—¡Qué tontas son las niñas! murmuró Piet á manera de conclusion.

Un *trader* ó traficante ambulante pasó dos meses despues por Koudouvley. Hendrick y Piet, le encargaron que adquiriese noticias en Beaufort respecto á los parientes de Ana, y le compraron muchos objetos en provecho de la niña. Piet, quiso mostrarse mas generoso y le compró muchas cosas; desgraciadamente el pobre jóven había puesto en su compra mas voluntad que buen gusto é inteligencia. Así es, que cuando vió que Ana se complacía mas con los presentes de Hendrick que con los suyos, se encolerizó y salió de la casa como un demente.

Segun los consejos de Hendrick, Ana se aproximó á él y le cogió la mano y llevó dulcemente al boër hácia la casa, y Piet se dejó llevar como un niño.

Las escenas de este género, se renovaban frecuentemente, y amando sinceramente á Piet al cual estaba reconocida, prefería, sin embargo, á Hendrick.

Afortunadamente, que con aquel instinto particular de las criaturas, comprendía el imperio que ejercía sobre el boër y sabia aprovecharse de él para conducirle á su gusto.

—Si no te sientas á la mesa, papá Piet, le dijo un día que se había levantado de ella furioso, no hablo mas en el espacio de un mes.

El boër juró, insultó á la niña, y ésta no hacia mas que reirse; pero él terminó por volverse á sentar y comió como lo había mandado el pequeño tirano, que le llenaba su plato para que repitiese:

—Come, papá Piet.

Ana llegó á ser andando el tiempo la niña querida de Koudouvley. ¡Desgraciado de aquel que la hubiera ofendido delante del uno ó del otro hermano, y especialmente delante de Piet; en su cólera habría matado al culpable sin ningun género de esplicacion!

Pero Ana, era adorada de todo el mundo, lo mismo de sus servidores que de sus superiores. Mas de una bechuana había suplicado por lo bajo á los traficantes (*traders*) encargados de adquirir informaciones respecto á ella, que no trajesen ninguna investigacion que obligase á la niña á salir de Koudouvley. El mismo Piet les había hablado en este sentido. En cuanto á Hendrick, mas razonable y mas justo, continuaba tomando datos, pero en el fondo del corazon deseaba que no tuvieran resultado.

Dos años transcurrieron de este modo. La niña se transformaba poco á poco y cada vez iba siendo mas hermosa. La fealdad y el aire vulgar de las hijas de dos ó tres boëres de la vecindad contribuían á que resaltase mas la belleza y la distincion de Ana, y los dos hermanos se manifestaban extraordinariamente orgullosos de los elogios que por todas partes prodigaban á la jóven huérfana.

Desde su llegada, sin embargo, se declaraba una especie de fatalidad contra los nietos de Hans Gregorio; perdieron muchos animales y del modo mas imprevisto, en fin, una noche en que se hallaban ausentes por haber tenido que asistir á un *hopo* (especie de batida de caza indigena), se declaró el fuego en su habitacion y la devoró enteramente.

Ana se salvó del incendio, gracias á la eficacia y adhesion de sus sirvientes, y á su regreso, los dos hermanos, se contemplaron felices por haberla encontrado sana y salva, y por el momento olvidaron la catastrofe del incendio.

No obstante, diferentes indicios les probaron de la manera mas evidente que el incendio se había verificado por una mano enemiga; pero á pesar de todas sus investigaciones no pudieron conseguir descubrir al culpable. Ana recordó solamente, que durante la noche, había distinguido á un viejo salvaje que andaba por las cercanías de la habitacion, y que se había internado en el bosque cuando la vió aparecer.

Se preguntó á los sirvientes de Koudouvley. Ninguno de ellos ni pudo ni quiso dar pormenores. La mayoría respondió con una especie de embarazo y de terror. Hendrick y Piet, creyeron por espacio de mucho tiempo que ellos sabian mas de lo que declaraban. Por eso agotaron todos los

medios posibles para obligarlos á hablar. Promesas y amenazas, regalos y correcciones, nada se omitió; el resultado fué siempre el mismo, y cansados los hermanos renunciaron á sus investigaciones.

En cuanto á Miss Daring, no estaba todavía acostumbrada á los usos del país para haber podido reconocer, á esta distancia y en medio de la oscuridad, á que tribu pertenecía el salvaje que ella había distinguido.

—¿Qué vamos á hacer ahora? preguntó Piet mudando los restos ennegrecidos y humeantes de su habitación.

—Reconstruir la casa, respondió Hendrick.

—Sea. ¿Pero qué vamos á hacer de Ana durante este tiempo? Ella no puede dormir en el campo como nosotros.

—¡Bah! dijo la jóven; yo he dormido muy bien la noche última en una cabaña de hojarasca que me levantaron vuestros criados.

—No, no, respondió Hendrick; Piet tiene razón, y si quieres creerme, llevaremos á la niña á casa de nuestro vecino Marydom. La Noë (dueña de la casa) es una digna y honrada mujer que cuidará mucho á la niña.

A esta proposición inesperada, Piet hizo un gesto de desagrado. Sentía haber provocado este resultado con su anterior observación.

—Yo no quiero dejaros, dijo Ana.

—¿Lo oyes, Hendrick? exclamó Piet, que volvió á cobrar ánimo viéndose sostenido. Ella quiere mejor quedar con nosotros.

—Ana es una niña, y toca á nosotros ser razonables en lugar suyo. Para adquirir los materiales necesarios, tenemos que hacer muchos viajes. ¿Qué sería de ella durante nuestra ausencia?

—Vamos, exclamó Piet, puesto que es menester que tú mandes, haz lo que te dé la gana.

Esta era la conclusión habitual del boër, cuando comenzaba á sentir á su despecho que su hermano tenía razón.

Al día siguiente, á pesar de las lágrimas de Ana, se condujo á la niña á la casa de Marydom que estaba situada á unas ocho millas de Koudouvley.

Al llegar, los hermanos encontraron á Marydom haciendo preparativos de partida.

—¿Dónde vais? preguntó Hendrick.

—A Grahantown, respondió Marydom abrazando á Ana, á quien amaba, tanto más, cuanto que la pobre Noë no tenía hijos.

—Entonces nos vemos obligados á volvernos á llevar á Ana, exclamó Piet encantado de este contratiempo.

—¿Cómo!

Hendrick refirió la desgracia que acababan de experimentar y el motivo que los había llevado en casa de sus vecinos.

Reinó un prolongado silencio.

—Escuchad, dijo en fin la Noë; según lo que se ha sabido acerca de la niña, es probable que su familia habite en Bergendorp. Yendo á Grahantown pasamos por allí cerca. Dejad que nos llevemos á Ana; nosotros tomaremos informes acerca de sus parientes, y la niña podrá ayudarnos con los recuerdos que la vista de Bergendorp le traerá precisamente á su memoria. Permaneceremos seis meses en Grahantown, y nos aprovecharemos de nuestra residencia en la ciudad para instruir un poco á Ana.

—De ninguna manera, exclamó Piet. ¿Qué necesidad tiene ella de instruirse? Yo no sé ni leer ni escribir, ni Hendrik tampoco, y nosotros lo pasamos bien.

—Esta niña no os pertenece, exclamó la Noë; este no es mas que un depósito que os ha confiado la Providencia y que no podeis descuidar para devolverla á su familia. Aun cuando no se encuentre á sus padres, es necesario que hagais lo que ellos hubiesen hecho si hubieran podido. Esta niña no puede permanecer en la crasa ignorancia como una sirvienta.

—Teneis razón, dijo Hendrick, aunque el pensamiento de una separación de seis meses le atormentaba.

En cuanto á Piet, á pesar de su poca inteligencia, conocía que Margarita tenía razón; pero se rebelaba contra su propia convicción y oponía á las preciosas palabras de la buena mujer razones de un niño. Se convenció, pero repitiendo á la niña:

—Vete, pobre Ana; no hay en el mundo una persona que te ame tanto como yo. Si me dejases obrar, nunca te separarías de nosotros.

En fin, se resignó: pero no hacía tres meses que Ana había partido con Marydom, y Piet repetía en todos los tonos:

—Ya no volverá, estoy seguro de ello; se queda en Grahantown; la convertirán en una señorita, y será muy desgraciada. Tú tienes la culpa, puesto que tú eres el que has querido que se vaya.

Hendrick, acostumbrado á sus recriminaciones, dejó que dijera lo que quisiera y continuó trabajando en la construcción de Koudouvley.

Este trabajo pedía mucho mas tiempo del que suponían los hermanos. Los principales materiales abundaban en las cercanías, pero era menester tiempo para dejarlos secar y disponerlos á la obra. En cuanto á los demás objetos, se veían obligados á esperar el retorno de los *traders* ó de los mensajeros encargados de comprarlos en las ciudades en el límite de la colonia inglesa.

A pesar de la actividad de los dos hermanos, valientes trabajadores los dos, y de la extraordinaria destreza de Piet, la reconstrucción de la casa exigió cerca de ocho meses. Sin embargo, Marydom había escrito desde Bergendorp para dar parte de las informaciones recogidas sobre la familia de miss Daring. El tío de Ana, á la muerte del cual habían asistido Piet y Hendrick, era el último pariente que se le conoció, y desde entonces la pobre niña quedó sola en el mundo.

—¡Tanto mejor! exclamó Piet; quedará siempre con nosotros.

Piet quiso que se le escribiese inmediatamente á Marydom para que enviase á la jóven; pero Hendrick observó que Ana vendría mejor asegurada con los dos buenos ancianos que con un *trader* desconocido, y que además era menester dar tiempo á que se completase su educación. Piet cedió gruñendo como tenía de costumbre, y se esperó el regreso de los Marydom. Estos pusieron á prueba la paciencia de Piet, pues no regresaron hasta pasados diez y ocho meses, día por día, desde su partida. En su impaciencia por volverla á ver, los dos hermanos se adelantaron hasta cerca de Kuruman.

Aunque venía sentada en la carreta de los Marydom conoció desde lejos á sus bienhechores.

—Allí vienen Piet y Hendrick, exclamó la jóven dando palmadas de contento.

Y saltando de la carreta corrió hacia ellos. Su primer movimiento fué dirigirse hacia Hendrick; pero al llegar cerca de sus amigos se detuvo de repente con una especie de embarazo. Piet la cogió en sus brazos y la puso sobre